

En la comba de la luna

JAVIER OLIVAR DE JULIÁN

Servirse de la escritura para recordar puede ser poco original, pero en algunos casos resulta el único medio posible para poder comunicarse. Así, tuve mis largas charlas con *Don Ramón Gómez de la Serna*, con quien nada hubiera departido, también es verdad, si no nos hubiera unido la luna o el júbilo de rescatar greguerías entre la maleza de las casas de las ciudades o en los rincones de los ríos, de las montañas e incluso dentro de uno mismo. Escribiendo con él le conocí bastante. Me dijo que le hizo ilusión el libro de greguerías que le dediqué a él como homenaje y reconocimiento de su habilidad con la metáfora. Me dijo también que probase a escribir a su manera, en papel satinado ambarino con pluma de tinta roja. Que diera un paseo por él, caminando a lo largo y ancho del Parque del Retiro, que siempre tuviera guardado en el corazón un huequecito para una Luisita... Incluso me presentó a su sobrino Pedro, quien me escribió el prólogo del libro con un cariño tan especial como si se tratara de un hermano, de un amigo tan íntimo al que se le pudiera permitir compartir las curiosidades que guarda de su tío. Una correspondencia de afecto que representa una amistad que ha horadado por completo la barrera generacional que nos separaba.

Me hubiera gustado preguntarle a *Don Francisco Ynduráin* sobre *Ramón*. Que me hubiera hablado de él, con su prudente labia, su erudición de maestro, transgrediendo adrede, los límites de la realidad en los sueños más inverosímiles de *Ramón*. Poderle preguntar sobre sus averiguaciones y análisis que realizó para escribir en la “Revista de ideas estéticas” en mil novecientos sesenta y tres, su artículo “Sobre el arte de Ramón”. Todo esto y una vida de preguntas en batería para poner a prueba una paciencia bien pertrechada en el corazón de *Don Francisco*.

Pero un soplo de tiempo se interpuso en nuestro camino y se añadió a la amargura de su despedida, una cita pendiente que siempre estará naufragando en el remolino de las penas de mi estómago, pero amarrada a un madero flotante que va a ser la escritura. Y así, con el salvavidas ambarino, no sé si satinado o no, podré escribir las cartas que en vida el tiempo se encargó de desencaminar. Podré leerle la felicitación sincera y cordial que me susurra al recibir el galardón que lleva su nombre, *Francisco Ynduráin*, en la que di-

ce que “una cosa bella es un gozo para siempre, sea prosa, verso, dramaturgia, ensayo, oratoria, proverbios, cada uno con tan variados registros, siempre renovados y sin previsión de agotamiento, valiéndonos para enriquecer nuestra vida y para consolarnos también”. Y escribirle para poderle transmitir mi gratitud y desbordante estado de ánimo el día en que me convertí en el hombre-nube al recibir su premio. Todo ello con una posdata de recuerdos para *Don Ramón*, y unas greguerías para que *Don Francisco* acompañe en su mesilla, como que la luna es el delfín que acompaña a los viajeros del tren, que el corazón tiene hipo, que cuando llamamos al agua caliente por el teléfono de la ducha no se quiere poner, que el tendedero es el ábaco en donde contamos si tenemos más ropa que el vecino, que dos vagos divagan o que los intestinos son la manguera para usar en caso de incendio. Podré abrir la correspondencia de sus citas, como la del último libro que leí, en la que decía que “cada lector es, a su modo, poeta, creador en experiencia receptiva de lo que poetas activos le han revelado”. Y rápidamente, enviarle respuesta y escribirle que la luna tiene su otro ojo cerrado porque le da el sol en la cara, que los árboles llevan tatuajes de amores ajenos, que nunca nadie ha encontrado el tiempo que otro ha perdido, que era un tocadiscos tan viejo que tenía hernia discal, que la plancha es el peine de las camisas a rayas, que cuando no les damos de comer, las tripas hablan mal de nosotros, o simplemente que nada puede detener la hemorragia de un huevo frito. Y unas letras más para llamarle y quedar con él para tomar un café o una deliciosa costrada en el *Beti-Jai* de Aoiz y charlar de libros, de la Casa de la Juventud de Pamplona, de su artículo de *Ramón* en la Revista de ideas estéticas y de la luna que nos unió por encima de un margen contemporáneo tan estrecho.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Javier Olivar de Julián nació en Pamplona el año 1969. Diplomado en Ciencias Empresariales por la Universidad Pública de Navarra (1993). Profesor asociado de la Universidad para mayores Francisco Ynduráin (UMAFY) 1998-99, 1999-00. En la actualidad trabaja en una empresa de Pamplona.

Ha recibido ayuda a la edición de la Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra (1994).

Entre los premios obtenidos cabe mencionar el *Francisco Ynduráin* de las Letras para Escritores Jóvenes, en su IX edición de 1995.

Su obra consta de los siguientes títulos:

- *Nuevas Greguerías* (en homenaje a Don Ramón Gómez de la Serna), Pamplona, e. a., 1993.
- *Nuevas Greguerías*, 2ª edición ampliada, Pamplona, e. a., 1994.
- *Mientras llega la paz* (volumen colectivo), Pamplona, e. a., 1997.
- *Nueve poetas nueve* (volumen colectivo), Pamplona, e. a., 1997.
- *Planeta sueño*, Pamplona, Ediciones Cárdenas, 1999.
- *Diez poemas para mi madre*, Pamplona, Ediciones Cárdenas, 1999.
- *Poernauta en la tierra de la mujeres*, Pamplona, Ediciones Cárdenas, 1999.
- *Antología de la poesía navarra actual*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona, 1998.